

## LA CASA

Otoño y la casa permanece cerrada.

Una voz tibia descubre, circunda y prende  
las escaleras silentes entre los muros.  
Hoy regreso a una estancia extendida e inmóvil,  
detenida en la arquitectura de la tarde.

Las habitaciones desconocen mis pasos,  
las sombras adoptan al invitado mudo,  
lo descubren y apagan su cuerpo extranjero  
en los sellados labios de un tiempo acunado.

Ya dentro, los libros pronuncian mis palabras.  
Las manos palpan otros rostros frente a mí.  
Un niño lanza piedras muertas al barranco  
abriendo el eco en un espacio inacabado.

Un cuerpo arrugado, demorado y desnudo;  
también juega e intima en la quietud extraña.  
Uno y otro compartimos la misma estancia.  
Ya no importa irse o quedarse. Estamos solos.

Allá, las ventanas observan a los pájaros  
que describen la geografía de la luz,  
adoptan sus dibujos solares y astutos,  
los reproducen y los devuelven al cielo.

Otoño, sí. El peso de la estación llega  
otra vez a la nuca, a los labios y párpados,  
a los árboles, a los brazos y las ramas;  
mientras pasan nubes sobre la casa entera.

Ya escucho el triste mudar de la existencia.

Juan Francisco Rodríguez Rosales  
Tegueste, diciembre 2010